

Competitividad: imperativo insoslayable para que el agro continúe vigente y crezca

Marco A. Chaves Solera
Ingeniero Agrónomo, M.Sc.
Ex Presidente del Colegio de Ingenieros
Agrónomos de Costa Rica
chavessolera@gmail.com

Costa Rica necesita que su agricultura sea rentable y competitiva, no apenas por razones productivas, económicas y de justicia social, sino también por el potencial intrínseco que el agro posee para contribuir con un aporte sustantivo a la solución de los grandes y cada vez más graves problemas nacionales. Por ello, la agricultura debe ser vista como un “factor de desarrollo por incentivar y aprovechar, y no como una pesada carga por eliminar”, como piensan algunos políticos desubicados.

Dicha aspiración resulta difícil de alcanzar mientras sectores importantes de agricultores sigan practicando una agricultura llena de ineficiencias y distorsiones en organización, producción, gestión y comercialización, entre otras, que conducen al limitado desarrollo imperante en el medio rural. Es definitivo, que mientras nuestros agricultores no incorporen innovaciones que superen dichas ineficiencias, será imposible que su actividad se torne rentable y competitiva por simple convicción, deseo y buena intención, el desafío es mucho mayor.

Es evidente y no está en discusión, que las corrientes de apertura y globalización de las economías, gusten o no, se acepten o combatan, avanzan rápidamente generando distorsiones y desigualdad, sometiendo a

los trabajadores del campo a la inminencia y cruda realidad de ser expulsados de su labor si no se vuelven competitivos en el corto plazo. Es aquí donde surge y aplica la competitividad como fórmula mágica para resolver la difícil ecuación comercial de mantenerse vigente y ganando en el negocio. La agricultura costarricense se encuentra actualmente inmersa y operando en la dinámica general de los sistemas agroalimentarios y los espacios geoeconómicos; es decir, en el marco de las regulaciones comerciales nacionales e internacionales derivadas de la globalización y la competitividad.

La competitividad es un concepto complejo multivariado y multisectorial que se sustenta y fundamenta en organización, administración eficiente, tecnología, precios de insumos, capacidad reactiva e innovadora y en las ventajas que se disponga en el vínculo y relación con los demás agentes económicos, en términos de escala y composición de la producción; también en las experiencias (positivas y negativas), en el conocimiento acumulado y en el grado de especialización vertical.

Se le considera un indicador válido para evaluar comparativamente los resultados económicos de países, empresas, firmas, industrias o productos; es decir, mide la capacidad y el resultado comparado de ac-

ción de una empresa o un producto para competir con otros en el mercado. Algunas definiciones exploran las causas primordiales que explican la competitividad creando una dependencia entre los factores que influyen y determinan los costos de producción, la estructura de su demanda y la productividad; sin embargo, no queda claro si la competitividad se alcanza por una disminución de los costos de producción, un aumento de productividad o más bien por factores ligados a la demanda y los precios, los cuales permitirían una mayor diferenciación de productos al explotar nuevos nichos de mercado. Lo cierto es que todos son importantes y determinantes.

La competitividad de una nación es para muchos, el grado en el cual se pueden producir bajo condiciones de libre mercado, bienes y servicios que cumplen y satisfacen la evaluación de los estrictos mercados internacionales, y simultáneamente, incrementar los ingresos reales de sus ciudadanos. La competitividad nacional está por su parte, basada en una mayor productividad y en su capacidad de adaptación a las nuevas condiciones del mercado. Resulta a la vez cierto, sin absolutismos, que sin incrementos constantes y sostenidos de productividad no es factible mantener la competitividad ni obtener ganancias netas en el comercio

exterior, lo cual está fuera de toda discusión; donde la inversión en investigación y desarrollo, así como en desarrollo tecnológico y organizativo conforman el núcleo del avance de las capacidades de innovación. Se acepta entonces como principio general que “la competitividad es la capacidad sostenida para ganar y mantener una participación lucrativa en el mercado”.

Hay que reconocer y no confundir, que no es excluyente ni suficiente para ser competitivo, que las innovaciones sean solo de corte tecnológico integradas a la producción primaria; por cuanto resulta obligado incorporar adicionalmente innovaciones gerenciales, organizativas, comerciales, ambientales y sociales como responsabilidad empresarial en todos los eslabones de la cadena agroalimentaria, lo que implica disponer insumos adecuados, transformación, uso de residuos y derivados, incorporación de valor agregado, manejo de excedentes, conformidad con la calidad, cumplimiento del marco legal, atención estricta a los principios de armonía con el ambiente, entre otros. Para que un productor o empresa sea competitivo, independientemente de su especialidad y capacidad, debe en principio ser capaz de elevar y sostener su productividad a grados superiores, obtener insumos a precios más bajos, reducir sus costos de producción de manera que su costo unitario sea comparable o supere al de la competencia, mejorar la calidad de sus productos, incrementar sus precios de venta, incorporar valor agregado, cumplir con el marco legal y ambiental vigente, todo en un entorno de justicia y equidad social, lo cual redundará en una mejora sustancial de sus ingresos.

El imperativo de que nuestras empresas y nuestros agricultores sean más eficientes para tornarse más rentables y competitivos no está en duda, pues hay consenso en ello; el cuestionamiento y problema surge más bien al preguntarse en el cómo y en el con qué hacerlo. Las respuestas son múltiples virtud de lo complejo del tema; sin embargo, hay elementos que surgen como fuertes limitantes a la posibilidad de que Costa Rica pueda elevar su nivel de competitividad caso que no se superen en el corto plazo, lo cual, vale reconocer, tampoco es exclusivo del agro.

Realizar un ejercicio orientado a identificar razones y posibles motivos que operan

en contra de la competitividad en el sector agropecuario costarricense no resulta difícil; sin embargo, hay factores de carácter genérico y de naturaleza estructural y coyuntural que podríamos aducir tienen mayor influencia, como son: **1)** cambios surgidos por reformas estructurales y económicas ocurridas a partir de la década de los años ochenta que rompieron con procesos convencionales anteriores; **2)** dinámica política de apertura comercial y consecuente desprotección interna; **3)** subordinación de las políticas sectoriales a políticas macroeconómicas; **4)** cambio profundo en el modelo productivo, económico e institucional tradicional del sector agropecuario; **5)** agro debilitado por pérdida de apoyo político y presupuestario; **6)** ineficiente administración de tratados y acuerdos comerciales suscritos; **7)** limitada organización en algunos sectores productivos; **8)** altos costos de producción; **9)** bajos precios pagados por los productos nacionales; **10)** sector diferenciado y polarizado (agroexportador y mercado interno); **11)** valor de cambio de la moneda impacta ingresos de agroexportadores; **12)** bajos índices de productividad, eficiencia y calidad; **13)** financiamiento restringido; **14)** sistema oficial de investigación, extensión y capacitación debilitados; **15)** tecnología limitada e insuficiente; **16)** baja inversión en tecnología productiva; **17)** mayor incidencia de los supermercados en la comercialización de alimentos; **18)** indefinición y baja articulación de algunas cadenas agroalimentarias; **19)** pequeños productores desintegrados de las cadenas globales de comercio; **20)** baja transformación e incorporación de valor agregado a la materia prima, residuos y derivados; **21)** alta intermediación; **22)** incorporación del tema ambiental al proceso; **23)** burocracia obstructiva y tramitomanía galopante; **24)** infraestructura deficiente, rudimentaria y muy limitada; **25)** bajo grado de mecanización de procesos; **26)** mano de obra calificada insuficiente y onerosa; **27)** cambio climático (factores abióticos) con fuertes impactos productivos; **28)** limitantes en la gestión del agua; **29)** actitud y reacción confrontativa al cambio; **30)** sector envejecido apegado a conceptos superados y algo alineado al “pobrecito yo”; **31)** proyectos políticos aislados, discontinuos y cambiantes de los gobiernos de turno que poca solución aportan a la problemática de

fondo; **32)** un agro más asociado a pobreza que alineado a desarrollo tecnológico y gestión comercial proactiva y **33)** incremento en la incidencia e impacto de factores bióticos ligados con la sanidad agropecuaria. Como todo, las generalizaciones no caben pues hay diferencias sensibles entre sectores.

El Gobierno Solís Rivera preocupado por el tema y reconociendo las ventajas relativas y los potenciales positivos que posee el sector, propuso iniciativas por actividad productiva sensible orientadas al incremento de la productividad y la competitividad para el periodo 2015-2018. Ahora la meta está en alcanzar esos indicadores, lo cual requiere inexorablemente concentrar esfuerzos para resolver las limitantes y superar los obstáculos, lo que objetivamente no resulta fácil en tan corto plazo virtud de la magnitud, dificultad y profundidad de los mismos. El tiempo dará la respuesta.

Algunos entusiastas ven con suma facilidad el pretender incrementar rendimientos y productividades ¡es cosa de voluntad! expresan; sin embargo, está demostrado que para ello es imperativo y obligado el alineamiento de los factores que favorezcan esa acometida, los cuales muchas veces están fuera de control por ser de carácter abiótico, como acontece con el clima. Elevar un rendimiento nacional hace imprescindible que los involucrados pongan los pies en tierra y reconozcan la capacidad real y objetiva de alcanzar y mantener niveles productivos elevados. Aspirar, pretender y poder es muy diferente y no basta con la ilusión y el espejismo simplista de querer por moda, obligación o negocio ser competitivos. La realidad impone los mejoramientos individuales agregados para incidir positivamente sobre el indicador nacional; nada pasa si quienes tienen que dar el ejemplo y producir más, poco o nada aportan ¡el cambio empieza por casa! Conozco casos de personas que atribuyen y redireccionan su fracaso e incompetencia gerencial y productiva buscando pretextos y culpando a otros para desviar su responsabilidad empresarial. La competitividad no es solo una aspiración y cosa de unos, es una decisión que todos compartimos y a la cual debemos sin justificantes ni pretextos aportar. El agro costarricense puede y debe ineludible e insoslayablemente mejorar su productividad lo que implica explotar sus potenciales, que son muchos.

